

estas palabras habia para él tristes recuerdos.

Wulf volvió á quedar en silencio unos cuantos minutos, mientras que las ideas de Filemon se fijaron de nuevo en el proyecto único que le hacia cara la vida.... ¡Encontrar á su hermana! Este solo pensamiento habia cambiado en pocas horas al niño en hombre. Hasta entonces no habia sido mas que la hoja impelida por el viento, el juguete de toda impresion nueva; pero ahora, el acaso que le habia guiado en dulce cautiverio durante muchos meses, era su mortal enemigo; y toda su energía y habilidad, todo su escaso conocimiento del hombre y de la sociedad, se pusieron en accion para combatir en esta nueva causa. Wulf no era ya un fenómeno que atraia su admiracion, sino un instrumento de que intentaba servirse. Las frases entreveladas con que el anciano acababa de mostrar el disgusto que le causaba la presencia de Pelagia, inspiraron al jóven, una súbita esperanza, y empezó cautelosamente á hacer indicaciones sobre la existencia de personas que se alegrarian de separarla de allí. Wulf, aprovechándose de la idea, con-

testó con preguntas investigadoras, hasta que Filemon, persuadido de que lo mejor era hablar claramente, le refirió cuanto habia acaecido aquella mañana y el misterio que Arsenio le habia revelado á medias, estremeciéndose de alegría y horror a un tiempo al oír á Wulf, despues de cinco minutos de meditacion, decirle:

—¿Y si fuese tu hermana la misma Pelagia?

Filemon iba á prorumpir en alguna apasionada respuesta, cuando el anciano le detuvo, y continuó hablando lentamente y sin quitarle de encima los ojos.

—Porque cuando un fraile jóven y sin dinero reclama su parentesco con una muger que bebe en la copa de los Césares y ocupa un lugar que le envidian las hijas de los reyes.... entonces, aunque un anciano pueda estar dotado de bastante buena índole para calificarlo todo de pura invencion á primera vista, naturalmente se le ocurre que el jóven tiene puesta la mira en su interes personal.... ¿eh?

—¿Mi interes? exclamó el pobre Filemon. ¡Buen Dios! ¿qué otro objeto pue-

do llevar, a no ser el de librarla de esta infamia, para que entre en una vida de penitencia y mortificacion?

Habia herido la cuerda.

—¿Infamia? ¡Y lo dices tú, maldito esclavo egipcio! exclamó el príncipe, rojo de cólera, y cogiendo el látigo que estaba colgado encima de su cabeza. ¿Infamia? ¡Como si tanto ella como tú no debiérais juzgaros dichosos con que se os permitiera lavar los piés de un Amal!

—¿Oh, perdóname! dijo Filemon, aterrorizado al ver los frutos de su torpeza. Pero ¿has olvidado que no está casada con él!

—¿Casada con él? ¿Una?... No, ¡gracias á Freya! El no ha descendido aun tan bajo, ni descenderá, si antes mato yo á la hechicera con mis propias manos. ¿Una!....

¡Fobre Filemon! ¡Y aquella misma mañana le habian dicho que él era esclavo!.... Se cubrió el rostro con las manos y vertió abundantes lágrimas.

—Vamos, vamos, dijo el áspero guerrero, depuesta enteramente su ira. El llanto de una muger me importa poco; pero nunca he podido sufrir el hacer

llorar á un hombre. Cuando estés más sereno y hayas aprendido á usar de cortesía, hablaremos mas sobre esto. Ahora no mas; bastante es lo bastante. Aquí está la cena, y yo tengo tanta hambre como Loke.

En seguida empezó á devorar como un lobo, obligando, en su ruda hospitalidad, á Filemon á devorar tambien, á pesar suyo y de su estómago.

—Ahora, ahora me encuentro mejor, dijo al fin Wulf. En esta maldita ciudad no hay nada mas que hacer sino comer. No se me proporcionan combates ni cacerías. Aborrezco á las mugeres tanto como ellas me aborrecen á mí. Lo único que no aborrezco es la comida y el canto. Y ahora, halagados como están por las afeminadas harpas y flautas de esos jóvenes, ninguno se cuida de oír un verdadero canto de guerra. Oye los en este momento gritar todos juntos, á manera de una bandada de estorninos en una mañana nebulosa. Nosotros cantaremos tambien para ahogar ese ruido.

Y prorumpió en una salvaje y rica melodía representando, con gestos ra-

74  
fos y un tono apagado de voz, la escena que las palabras describian:—

Un alce saltó del pinar;  
Olfateó hácia el lado de Oriente y hácia  
el de Occidente;

Furtivamente y en silencio.  
En sus crines y cuernos no se veía mas  
que nieve;  
Yo coloqué mi flecha al través de mi  
arco,

Furtivamente y en silencio.

Y al llegar aquí, engrosando la voz,  
al mismo tiempo que toda su fisonomía  
brillaba con feroz excitacion, continuó:

Crujió el arco, voló la flecha,  
Atravesó sus huesos de parte á parte,  
¡Hurrah!

Yo me abalancé á su garganta, como un  
lobo del bosque,  
Y calenté mis manos en la humeante  
sangre,  
¡Hurrah!

Y lanzando un grito, que fué repitiéndose de pared en pared y resonó en los

75  
techos, saltó con un gesto y una mirada tan frenética y salvaje, que hizo á Filemon retroceder. Pero aquel fuego se apagó en un instante, y Wulf volvió á sentarse, diciendo para sí con sonrisa:

—Esto... esto se asemeja algo al canto de un guerrero. Esto agita de nuevo la sangre en las venas del anciano. ¡Pero este maldito clima que parece un horno! No hay quien conserve sus músculos, su valor, su dinero, nada en él. ¡Maldito sea el día en que le ví por la vez primera!

Filemon no dijo nada, pero se sentó asustado con tal explosion, tan poco propia de la cáustica reserva y grave moderacion de Wulf, y temeroso de que fuese un ejemplo de la posesion demoniaca á que estaban sujetos aquellos paganos, segun los cristianos suponian. Mas el horror no habia llegado aún á su colmo; pues al cabo de un minuto las puertas del patio de las mugeres se abrieron, y atraida por el grito de Wulf, apareció toda la cuadrilla bacanal, con Orestes, coronado de flores y conducido por el Amal y Pelagia, haciendo eses en el medio y en la mano la copa.

—¡Aquí está mi filósofo, mi salvador, mi santo patrono! dijo. Traedle á mis brazos para que pueda ceñir su hermoso cuello con perlas de la India y oro.

—¡Por amor de Dios, déjame huir! dijo Filemon en voz baja á Wulf cuando vió venir hacia él á aquella gente ebria.

El anciano abrió al momento la puerta, y él la atravesó de un salto. Cuando se alejaba, Wulf extendió su mano...

—Vuelve á verme, jóven! A mí únicamente. El anciano guerrero no te hará ningun daño.

Habia tanta bondad en el tono de su voz y en la expresion de sus ojos, que Filemon prometió volver. Mientras huía, dirigió una postrer mirada al través de la puerta, y vió un torbellino de godos y de mugeres que giraba en torno del patio bailando el antiguo waltz teutónico, en tanto que sobre sus cabezas, sostenida por los brazos del robusto Amal, se agitaba la hermosa figura de Pelagia destrozando la guirnalda que ceñia su flotante cabellera para arrojar las rosas á los bailarines. ¡Y aquella muger podia ser su hermana! Ocultó su rostro y lloró. La puerta, cerrándose, le impidió ver mas semejante espectáculo, y ya

era tiempo de que nos lo impidiese ver tambien á nosotros.

Habian pasado unas cuatro horas. Los bailarines estaban durmiendo su vino y la luna bañaba con sus frios rayos el patio, cuando Wulf salió, llevando un pesado jarro de vino y seguido por Smid, con una copa en cada mano.

—Aquí, camarada, en el medio, para respirar el aire de la noche. ¡Están todos los locos durmiendo!

—Todos. ¡Ah! esto refresca, despues de una sala como esa. ¡Qué lástima que todos los hombres no hayan nacido con cabezas como las nuestras!

—Es triste, sin duda, dijo Wulf llevando su copa.

—¡Cuántos placeres pierden en esta vida! Allí están roncando como cerdos; á lo menos tú y yo nos sentimos con fuerzas para dar fin á este jarro.

—Y á otro, si no hemos terminado nuestra conversacion.

—Pues qué, ¡vamos á celebrar un consejo de guerra?

—Será segun lo tomes. Ahora atiende, Smid. Si en alguién puedo confiar, supongo que es en tí. ¡Qué dices?

—¡Bah! contestó Smid dejando en el

suelo la copa, es extraño que hagas tal pregunta á un hombre que ha marchado, padecido hambre, saqueado, conquistado y recibido buenas heridas á tu lado durante veinticinco años, en todas las tierras situadas entre el Wesel y Alejandria.

—Voy siendo viejo, y sospecho de todo el mundo. Pero oye; pues entre el vino, y el mal humor preciso es que salga afuera. ¿Viste esa muger Alruna?

—Naturalmente.

—¿Y qué?

—¿Y qué?

—¿No te pareció excelente para esposa de cualquier hombre?

—Sigue.

—¿Y por qué no para nuestro Amal?

—Esa es cosa que atañe á él tanto como á ella, y á ella tanto como á nosotros.

—¿A ella? Pues qué, ¿no se creará ella demasiado honrada casándose con un hijo de Odin? ¿Ha de ser mas delicada que Placidia?

—Lo que fué bueno para la hija de un emperador, debe serlo para ella.

—¿Bueno? Y eso que Ataulfo no era mas que un Balt, mientras que Amalri-

co es un Amal, hijo de Odin por ambos lados.

—No sé si ella querria entender eso.

—Se lo haríamos entender nosotros. ¿Por qué no llevárnosla y casarla con el Amal, que quiera que no quiera? Dentro de una semana viviria contenta con él; yo respondo.

—Pero en medio está Pelagia.

—La quitaremos de en medio.

—Imposible.

—Lo era esta mañana; quizá no lo sea de aquí á una semana. Una promesa hecha anoche bastaria á nuestro intento, si aun alentase el espíritu de un godo en el pobre jóven atontado que conocemos.

—¡Oh! su corazon es excelente; nada temas de él. Pero ¿cuál fué esa promesa?

—No la diré hasta que sea reclamada. No soy hombre capaz de deshonar mi nacion y la sangre de los dioses. Pero si ese prefecto ébrio la recuerda.... que la recuerde. Y lo que es mas, el jóven monge que estaba aquí anoche....

—¡Ah! un buen muchacho echado á perder.

—Mas de lo que te figuras; y si su

historia es verdadera, sospecho.... que Pelagia es su hermana.

—¿Su hermana? ¿Y qué sacamos de ahí?

—Quiere llevársela y meterla en un convento.

—Pero tú no consentirás que encierre á la pobre chica.

—Smid, las personas que me estorban andar, deben caer. Tanto peor para ellas; pero Wulf jamas ha retrocedido ante ningun hombre ni bestia, y tampoco retrocederá ahora.

—Al cabo y al fin, eso es lo que conviene. ¿Y Amalrico?

—En cuanto no la vea la olvidará.

—Pero dicen que el prefecto trata de casarse con la otra jóven.

—¿El? ¿Ese mono perfumado? Ella no descenderá á tal miseria.

—Sin embargo, toda la ciudad dice que ambos lo quieren, y así lo primero es desembarazarnos del prefecto.

—¿Y por qué no? Será muy fácil, y en ello ganará Alejandria. No obstante, si nos deshacemos de él, tendremos que apoderarnos de la ciudad, y dando que seamos bastantes para el caso.

—La guardia se nos uniría. Mañana,

si te parece, iré á los cuarteles y tantearé á los soldados, pues me he hecho amigo de muchos de ellos. Pero, en fin, príncipe Wulf.... todos sabemos que lo que tú dispones está siempre bien dispuesto.... pero ¿qué utilidad nos reportará casar á esa Hipatia con el Amal?

—¿Qué utilidad? dijo Wulf pegando con la copa en el suelo. ¿Qué utilidad? ¡Ciega y vieja rata, que no piensas sino en llenar los carrillos!.... Darle una esposa digna de un héroe, como él lo es á pesar de todo.... una esposa que le impedirá embriagarse, que le hará sábio en vez de loco, emprendedor en vez de holgazan.... una esposa que nos traerá el apoyo de la gente rica, y nos afianzará aquí de modo que luego nadie pueda echarnos abajo. Mandando ellos dos en Alejandria, en tres meses serémos dueños de Africa. Enviarémos á España por los Vándalos para marchar contra Cartago; al Adriático por los Longobardos para desembarcar en Pentápolis; limpiarémos toda la costa sin perder un solo hombre, ahora que está sin soldados á causa de la expedicion de ese necio de Heracliano á Roma. Que

los Wendels y los Longobardos se den la mano aquí en Alejandría; que echen suertes para repartirse la costa, y entonces....

—¿Entonces qué?

—En cuanto estemos bien arraigados en Africa, reuniré una partida de héroes y con ellos navegaré al Sur hácia Asgard.... Quiero atravesar ese Mar Rojo.... y ver á Odin cara á cara, ó morir buscándole.

—¡Oh! suspiró Smid; y supongo que aguardarias por mí, en lugar de dejarme á mitad del camino, entre los dragones y los elefantes. Bien, bien, los hombres sábios son como las tierras pantanosas.... cabalga hasta donde quieras en la tierra firme, que seguro estás de llegar por último á un sitio agradable. Sin embargo, iré mañana á tantear la guardia, si no me duele la cabeza.

—Y yo veré al jóveu para tratar sobre Pelagia. Brindémos al buen éxito de nuestro plan.

Y los dos ancianos guerreros estuvieron bebiendo hasta que las estrellas dejaron de ser visibles y las sombras del

eláustro por el lado de Oriente se desvanecieron ante el brillo del crepúsculo.

## CAPITULO XIX.

### JUDIOS CONTRA CRISTIANOS.

El porterillo, despnes de haber llevado el mensaje de Arsenio á Miriam, volvió en busca de Filemon y el anciano, y no hallandolos, empleó toda la tarde en correr acá y allá con tal frenesí, que se originaron grandes dudas sobre el estado de su salud entre la gente del barrio. Al fin, el hambre le obligó á ir á su casa á cenar, y trató entonces de desahogar sus excitados sentimientos en su ocupacion favorita de pegar á su muger. Con este motivo, dos esclavas sirias de Miriam, atraidas por los gritos de la negra, acudieron á su socorro, le echaron encima un cubo de agua y le pusieron en la calle. El, sin alterarse, se comparó sonriéndose con Sócrates dominado por Jantipa; y cediendo filosóficamente á las circunstancias, estuvo dando saltos, semejante á una urraca